

4. SECCIÓN DE CIENCIAS SOCIALES

MEMORIAS DE UN PEREGRINO DEL CAMINO DE SANTIAGO EN EL AÑO SANTO 2021

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Marcelino Oreja Aguirre*

En medio de la pandemia, que me ha afectado durante algún tiempo, y que tengo felizmente superada, estuve dándole vueltas a cual podría ser el tema de mi disertación. Y por fin, teniendo en cuenta que es Año Santo Compostelano, pensé dedicarla al Camino de Santiago.

Según una antigua tradición, Santiago, conocido también como Santiago el Mayor, habría venido a Hispania a predicar el Evangelio. Sus restos, venerados en Jerusalén por la comunidad cristiana hasta el siglo VII, fueron trasladados por sus discípulos, en una de las múltiples naves que surcaban entonces el Mediterráneo, hasta los confines de la tierra, ante el riesgo del avance musulmán y el socaire de una tierra familiar de acogida.

Enterrado en Iría Flavia, el descubrimiento de la tumba del Apóstol está envuelto en signos milagrosos y en brumas de leyenda. A comienzos del siglo IX, contó con el apoyo de prelados y monarcas, historiadores y órdenes religiosas, autoridades locales y sociedad civil, y con el fervor religioso del pueblo llano, lo que contribuyó a la construcción de la identidad cultural de Europa.

Recordemos además que la idea misma del Camino y el acto de caminar es algo indisociablemente unido al ser humano y a su historia. La persona siente la necesidad de superar sus límites, salir de sí misma, y saborear el encuentro y el intercambio.

* Sesión del día 1 de junio de 2021.

Así nos lo expresan bellamente los poemas homéricos. Ulises sale al encuentro de Penélope, después de dirigirse a los lugares sagrados que le ayudarían a alcanzar su anhelado Ítaca.

En este sentido, el hombre homérico se nos presenta como el peregrino que expone su existencia, para poder llegar a un lugar sagrado donde conocerá la paz.

La concepción griega tiene su prolongación en la cultura latina, y especialmente en las peregrinaciones religiosas.

Para griegos y romanos pocos símbolos han alcanzado tanta fuerza antropológico-religiosa como el Camino y el hecho de caminar.

En la historia bíblica Abraham, Moisés, Israel, anhelan alcanzar el lugar Santo. La experiencia del peregrino recuerda la del hijo pródigo, el hombre errante que vuelve a la casa paterna.

Y es así también como el peregrino jacobeo, con sus connotaciones particulares, se encuadra en el marco general de las peregrinaciones cristianas.

El hecho de peregrinar incluye la afirmación de que el hombre encuentra su sentido en la Historia. Y el peregrino jacobeo, al continuar su viaje hasta los límites de la tierra, da a entender que el Camino es una apertura al Misterio, al Absoluto, al Más Allá.

De esta naturaleza originariamente religiosa se han derivado otras dimensiones como ramas de un tronco, del cual reciben su savia para permanecer fecundas. A él se han ido adhiriendo muchas actitudes: culturales, sociales, espirituales psicológicas, terapéuticas. Por eso necesita ser cuidado, y que no se lo convierta en un hecho de otra naturaleza, que al final lo degradaría. Hay que afirmar y alegrarse y cultivar todo lo que se ha derivado de él, pero sin olvidar cuál fue su origen apostólico, cristiano, teologal.

En palabras del Papa Benedicto XVI, en su visita a Santiago de Compostela en el año 2010, «Peregrinar no es simplemente visitar un lugar cualquiera para admirar sus tesoros de naturaleza, arte o historia. Peregrinar significa, más bien, salir de nosotros mismos para ir al encuentro de Dios allí donde Él se ha manifestado, donde la gracia divina se ha mostrado con particular esplendor y ha producido abundantes frutos de conversión y santidad entre los creyentes. Los cristianos peregrinaron, ante todo, a los lugares vinculados a la pasión, muerte y resurrección del Señor, a Tierra Santa. Luego a Roma, ciudad del martirio de Pedro y Pablo, y también a Compostela, que, unida a la memoria de Santiago, ha recibido peregrinos de todo el mundo, deseosos de fortalecer su espíritu con el testimonio de fe y amor del Apóstol».

Desde muy joven sentí fascinación por el Camino de Santiago. Y esta se me ha reavivado después de trabajar tantos años en las Instituciones europeas, por lo que supone de evocación de lo que Europa representa por su historia, por su cultura, por sus ideales y por las vivencias que ofrece.

Puedo asegurarles que una de las grandes satisfacciones que he sentido en mi vida pública, ha sido cuando se reconoció el Camino de Santiago como «Primer Itinerario Cultural Europeo» por la más antigua de las Instituciones Europeas, el Consejo de Europa, que se instituyó en 1949 y al que España accedió en 1977 en los albores de la Transición democrática.

Les expondré a continuación cómo seguí esa Proclamación.

En 1982, siendo diputado en el Congreso y miembro de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, recuerdo la impresión que me causó el mensaje del Santo Padre San Juan Pablo II, desde Santiago, llamando a Europa a que volviera a sus raíces.

Poco tiempo después fui elegido Secretario General del Consejo, a propuesta del Presidente del Gobierno Felipe González. Cuando preparaba mi discurso de toma de posesión el verano de 1984, con la valiosa colaboración de mi consejero especial, Íñigo Méndez de Vigo, reuniendo notas y apuntes de lo que era la labor de la Organización, desde la cooperación jurídica a la cultural, la defensa de los derechos humanos o la protección del patrimonio histórico de los pueblos europeos, pensé que algo tenía que añadir a lo que ya habían expuesto mis predecesores.

Y fue entonces cuando recordé lo que significaba el Camino de Santiago en la construcción de Europa; un Camino que reunía dos elementos de máxima importancia: de un lado, como vía espléndida para el cumplimiento de la vida espiritual en Europa; de otro, como enérgica expresión de las raíces comunes europeas.

¡Qué iniciativa mejor que ofrecer en las palabras de toma de posesión la propuesta de convertir el Camino en el Primer Itinerario Cultural Europeo y profundizar desde los diversos pueblos, regiones y países la forma de potenciarlo, con todos los medios a nuestro alcance!

Así lo hice, y a partir de mi toma de posesión, en la programación de los viajes oficiales a todos los Países del Consejo de Europa, que entonces eran veintiuno, hoy son cuarenta y siete, tomé la decisión de incluir en mis encuentros el tema del Camino de Santiago, y solicitar a las autoridades de los Estados miembros y a los medios culturales y universitarios con los que me reunía, que potenciaran su difusión por todos los medios a su alcance.

Hubo países a los que nada pudo extrañarles mi propuesta, como fue el caso de España, Portugal, Francia, Italia, incluso Inglaterra.

Por cierto, en Londres, en mi entrevista con la Sra. Thatcher, cuando me preguntó qué me interesaba visitar de la capital, le dije que el Palacio de San Jaime. Le extrañó mi elección y le aclaré que en ese Palacio, en el siglo xvi, se reunían los peregrinos, antes de salir hacia Santiago y por eso se llama St. James's Palace y le expuse el interés que para mí tenía como europeo, recorrer lugares relacionados con el Camino.

Más curioso fue lo que me sucedió en mi visita a Islandia.

Como en los demás países, solicité la inclusión del Camino entre los temas a tratar con las autoridades, ante la sorpresa del Embajador islandés en Estrasburgo que tenía una información mínima y desconocía lo que pudiera ser la aportación islandesa.

Al llegar a Reikiavik me recibió la Presidenta de la República, mujer inteligente y culta, profesora de literatura, y con una sonrisa me dijo: «ya sé que está Vd. interesado en conocer la contribución de Islandia al Camino de Santiago. Hemos seleccionado a dos profesores de Historia que le acompañarán al lugar donde están los restos de la Iglesia de Santiago, de donde partían los peregrinos hacia la costa, para embarcar luego hasta Francia desde donde seguían el Camino francés a Roncesvalles y luego a Santiago.

De los países escandinavos es probablemente Suecia donde se conserva más vivo el espíritu peregrino. Allí visité la Jakob Kerke de Estocolmo, desde donde todavía hoy salen los peregrinos y celebran encuentros para rememorar las peregrinaciones desde aquellas lejanas tierras.

Tanto en Suecia como en Noruega, según me informaron, los vikingos que habitaban la Escandinavia occidental, fueron los primeros en tener contactos con la peregrinación jacobea y después de la cristianización acogieron el culto a Santiago. Al parecer, en los documentos letones del siglo xiv figuran muchas personas con el nombre de Jaime y en Estonia se encuentran toponímicos formados por el nombre de Jacobo, como por ejemplo Jakobsberg, Jakobshof y Jakobsruhe.

En mi visita a París coincidí con el Cardenal Echeagaray, de origen vasco francés, que me acompañó a la rue St. Jacques, junto a la catedral de Notre Dame y me contó mil anécdotas sobre los peregrinos franceses. Con él me acerqué a la Tour St. Jacques, magnífico campanario gótico flamígero de la Iglesia St. Jacques La Boucherie, demolida por el Directorio si bien, dejó en pie su bellísima torre. Lugo nos acercamos a la rue St. Jacques que en un tiempo fue

una populosa arteria medieval que sigue conservando personalidad y evoca el punto de partida de los peregrinos.

Uno de los encuentros más gratos en mi periplo por las capitales fue al Principado de Liechtenstein donde me recibió el Príncipe en su precioso castillo medieval. Le propuse que la proclamación del Camino como primer itinerario cultural europeo se llevara a cabo durante su presidencia. Accedió muy complacido y fue una gran ayuda para la puesta en práctica de nuestro proyecto. Al concluir mi visita a los veintiún países, la tarea principal era preparar una Declaración que pusiera de manifiesto la necesidad de revitalizar el Camino. Para ello, se solicitó a las autoridades e instituciones:

1.º La identificación de los Caminos de Santiago en el conjunto del territorio europeo. Esta era la primera tarea en la que debían colaborar historiadores y expertos para descubrir los Caminos a lo largo de la historia y fijar el mayor número posible de itinerarios.

Sabemos poco sobre las rutas que siguieron los peregrinos antes del siglo xi. Existen testimonios de que el obispo francés Gotescalco, a su ida y vuelta a Compostela, recaló en la población riojana de Albelda de Iregua, en un lugar del llamado Camino francés.

En Francia la vía tradicional era la Podense, desde Le Puy, la Lemosina, la Turonense, que entra en España por Somport o Roncesvalles. El gran experto jacobeo Caucci nos habla del camino italiano que es la Vía Francígena, que parte de Bari, Nápoles y Roma hasta Santiago; figura también el Camino del Norte de España del que he recorrido alguna de sus etapas, que penetra por el Puente de Santiago en Irún, recorre el País Vasco, Cantabria, Asturias hasta Galicia; y en el Sur la vía de la Plata o Camino Mozárabe que tiene varios ramales desde Córdoba, Granada y Sevilla.

Existe también un camino que parte de Madrid, donde por cierto hay un numeroso grupo de peregrinos que celebran encuentros y congresos y editan una excelente revista. En ella colabora muy activamente la Orden de Santiago a la que me honro en pertenecer.

Ello nos muestra la pluralidad de caminos dentro de España. Como señala Julián Marías en su libro «Problemas del cristianismo», se circulaba sin problemas por los diversos reinos, condados o señoríos, por las partes cuya reconquista iba restaurando la «España perdida». No había distinción mayor entre los territorios: navarros, vascos, aragoneses, catalanes, castellanos, leoneses, asturianos, gallegos. Algunas ciudades pasaban de una a otra soberanía, en ocasiones varias veces, sin perder nunca su fundamental condición española: así Nájera, que es navarra, aragonesa y castellana según los tiempos.

Hay un texto literario medieval, de mediados del siglo XIII, el «Poema de Fernán González», que ilumina admirablemente lo que era la visión de España hacia 1250. En él se reconoce una primacía a España respecto de otros países europeos, precisamente por la existencia en ella del sepulcro del Apóstol Santiago.

Y es curioso que el poema de Fernán González, el fundador de Castilla, destinado a ensalzar su figura, le atribuye solo una preminencia por haber sido «el comienzo mayor»; nada más; y Castilla la Vieja fue el cimiento; pero tiene presente que era solo «un pequeño rincón». Apenas tiene ojos más que para España como totalidad; sus partes son solamente eso, partes de un conjunto logrado, perdido, que se va recuperando y reconstituyendo penosamente a lo largo de los siglos.

Esta realidad es la que buscan, recorren, conocen, fecundan los demás europeos a lo largo de esa variedad de rutas que componen el Camino de Santiago.

He ahí por tanto el primer punto de la Declaración, que consiste en la identificación de los Caminos, una tarea siempre abierta y que descubre constantemente nuevas vías desde los lugares más distantes del Centro y del Este de Europa sin olvidar la devoción que por el Camino existe en muchos pueblos de América.

2.º Un segundo punto tras la identificación de los Caminos era su señalización, con un emblema común. Se trataba de subrayar el carácter simbólico de este itinerario y visualizarlo sobre el conjunto del territorio europeo. El emblema es la vieira estilizada, orientada hacia el oeste, que encierra una triple lectura: recuerda el símbolo tradicional de los peregrinos e integra al mismo tiempo dos elementos nuevos: un sentido dinámico de marcha hacia el oeste y el recuerdo de convergencia de caminos que resulta consustancial al itinerario. En tiempos medievales la vieira era lo que hoy podría ser la «Compostela». Se conseguía al llegar a Santiago y constituía la prueba fehaciente, a su regreso al hogar, de que se había completado la peregrinación.

Como curiosidad, permítanme que les cuente como surge otro símbolo inseparable del Camino, la flecha amarilla. El origen de la misma y su color están ligados a Elías Valiña, historiador y párroco de Cebreiro.

Según Héctor Oliva, en su libro sobre el Camino, cuando don Elías tuvo más o menos claro por dónde discurría el camino medieval, quiso recuperarlo, y se dirigió a Roncesvalles acompañado por un grupo de voluntarios armados con machetes, con la misión de abrir un camino que les llevaría a Santiago. Inmediatamente se dio cuenta que lo necesario no era abrir un camino sino señalizarlo, sobre todo en las intersecciones, guiando así al peregrino. Dio

la casualidad que por aquellos lares se encontraban también unos obreros reparando carreteras. D. Elías se acercó a pedirles algo de pintura y los obreros le ofrecieron un bote de pintura amarilla, que es el color que se utiliza en las marcas provisionales. De esa manera surge la flecha amarilla que nos acompaña a lo largo del Camino.

Y volviendo a la Declaración les comentaré que:

3.º En ella se pide también el desarrollo de una acción coordinada de restauración y puesta en valor del patrimonio arquitectónico y natural, situado en las proximidades del Camino. Quienes llevan años recorriéndolo habrán comprobado lo mucho que se ha avanzado en este punto. La reconstrucción de Iglesias, capillas, monumentos, ha sido extraordinaria y no digo nada sobre los muchos albergues que han crecido en los últimos tiempos.

4.º Se propuso igualmente el lanzamiento de programas de animación cultural para redescubrir el patrimonio histórico, literario, musical y artístico creado por los peregrinos. En esta tarea ha desarrollado una gran labor la Archicofradía del Apóstol Santiago.

5.º La Declaración menciona la necesaria relación permanente entre ciudades y regiones situadas a lo largo del Camino y se anima a estimular la creación artística para renovar esta tradición y testimoniar los valores interpersonales de la identidad cultural europea.

6.º Por último, se manifiesta que la fe que ha animado a los peregrinos a lo largo de la historia y que les ha reunido en una aspiración común, más allá de las diferencias y los intereses nacionales, inspire también hoy y especialmente a los jóvenes a construir una sociedad fundada en la tolerancia, el respeto a los demás, la libertad y la solidaridad.

Esta declaración que, como Secretario General del Consejo, leí públicamente en la Plaza del Obradoiro el día de la proclamación del Camino como «Primer Itinerario Cultural Europeo», en un solemne acto al que asistieron varios Jefes de Gobierno y Ministros de los Estados miembros del Consejo el 23 de octubre de 1987 en Santiago de Compostela, mantiene aún hoy toda su vigencia y es preciso enlazar su contenido con los Caminos de Santiago tan bellamente descritos en esa joya que es el *Codex Calixtinus*, en el que se recomiendan unos itinerarios cuyas etapas principales están marcadas por la existencia previa de santuarios, que los peregrinos deben visitar en su itinerancia religiosa y penitencial y cuyos vestigios se conservan en forma de iglesias, capillas, cruces que jalonan los Caminos no solo en España o Francia sino a través de todo el continente europeo.

Por cierto, hace unos años, recibí la invitación del gobierno de Lituania para participar en un Congreso sobre el Camino de Santiago, organizado con ocasión de la presidencia del país en la Unión Europea. Y allí descubrimos con emoción la vigencia del Camino de Santiago.

Fue un espectáculo inolvidable. Allí me informaron de las dos rutas de Santiago que recorren el territorio de Lituania. Una atraviesa la frontera lituano-polaca y la otra procede de Kaliningrado, la antigua Königsberg, donde nació Emmanuel Kant y pasa por Lituania hasta Riga, la capital de Letonia, donde se halla la catedral que lleva el nombre de Santiago.

En Lituania son muy numerosas las iglesias dedicadas a Santiago. Creo recordar que son once. En ellas hay esculturas, cuadros, banderas en las que está representado Santiago. Últimamente han tomado la decisión de proceder a la señalización del Camino. Para mí todo esto fue una inmensa sorpresa pero al mismo tiempo una gran alegría. Nunca pude pensar que en tierras tan lejanas estuviera arraigado al espíritu del Apóstol al que tan devotos son los lituanos.

Allí recordé cómo cuando nace el Camino, bajo el signo de la identidad cristiana, el camino a la tumba del Apóstol fue la pieza integradora de la construcción de una sociedad, que posibilitó e hizo real la unión de los países del norte con los del sur. Una memoria, la del Apóstol, que se proyecta sobre los peregrinos del Camino. Es lo que origina un modo de comprender a la persona, de entender la naturaleza y de aproximarse a la historia.

Les confieso que tras la experiencia de tantos años, el Camino de Santiago para mí representa, además de una opción confesional o religiosa, una vivencia muy especial. Tantos siglos de peregrinación han acrisolado una serie de valores que dan sentido tanto a la peregrinación como al itinerario. Basta con profundizar el fenómeno y escuchar a quienes recorren estos caminos en nuestra época, para comprobar que caminar hacia Santiago implica —cualquiera que sea su ideología, su confesión o su nacionalidad— una disposición personal, que se traduce en la práctica de unos valores como: la solidaridad, el esfuerzo compartido, la búsqueda de un ideal común, la convivencia, el diálogo y el conocimiento del «otro», que se adquieren a lo largo de las diferentes etapas.

Como recuerda Fray Jordi Alaraz en su comunicación al Congreso de Acogida Cristiana a la Nueva Evangelización, el Camino es ejercicio de austeridad y de sobriedad. Partimos con lo necesario y prescindimos de lo superfluo, todo lo que necesitamos cabe en una mochila. Es experiencia de nuestras limitaciones: cansancio, sed, incluso dolor. Es una prueba de humildad y nos da una visión de nuestras posibilidades. Es también muchas veces soledad, silencio interior, mirada hacia uno mismo, esfuerzo y ascesis que robustecen la voluntad.

El Camino es igualmente relación con la naturaleza: paisajes, amaneceres, ocasos, ríos, valles, montañas y comunión con los demás: con las gentes del Camino y las huellas de otros peregrinos. Hay un fenómeno que cuantos hayan recorrido el Camino han vivido. El encuentro con alguien a quien se pierde de vista durante varias etapas y luego se reencuentra y es como un viejo amigo que se recupera. Así encontré yo un grupo de belgas y uno de ellos me explicó que en la legislación de su país estaba previsto que se pudieran redimir algunas penas recorriendo el Camino.

Pero no debemos olvidar que, al menos yo así lo siento, el Camino es sobre todo búsqueda espiritual, espacio y tiempo para la oración, para la meditación. Peregrinar es búsqueda de paz, de luz, de conocimiento, de fe.

Por eso, hoy como ayer, quienes caminan hacia Compostela regresan como personas nuevas, que han conocido otros horizontes, que han vivido con otras personas, compartiendo con ellos la condición anónima de caminante, y que se han encontrado a sí mismos, abocados por la propia naturaleza del «camino», a la idea misma de la Trascendencia. Para quienes quieran profundizar en la vida y significado del peregrino, les recomiendo que lean un espléndido libro editado por uno de los más grandes expertos, Paolo Caucci, con una preciosa ilustración sobre «Vida y significado del peregrinaje a Santiago».

Estas peregrinaciones han dejado honda huella en el Continente europeo, desde los países anglosajones, escandinavos y eslavos hasta los países mediterráneos, tanto lo que hoy denominamos patrimonio cultural de orden inmaterial o intangible, como de orden material. Su contenido es tan inmenso, que el recorrido de estos caminos permite igualmente una lectura —o práctica cultural de los mismos. Una de las características de estas vías de peregrinación fue precisamente el hecho de que fueran, a la vez, vías de civilización. Unas vías por las que circulan el arte románico y el arte gótico, baste recordar la trilogía que forman los pórticos de Conques y de Moissac con el Pórtico de la Gloria de la catedral compostelana. Unas vías por las que discurren la literatura épica y la lírica de los trovadores. En las que se funden la música erudita y la música popular. Unas vías en las que la afluencia de peregrinos lleva no solo a la construcción de monasterios y hospitales, fuentes y refugios, sino a la fundación de ciudades y pueblos, dando lugar a una forma original de urbanismo lineal.

Con el esplendor del Camino y de su influjo en el arte y la literatura, Santiago, junto a Jerusalén y Roma, se convirtió en meta de la sociedad medieval. Desde el primer momento el fenómeno de las peregrinaciones a Compostela adquirió un significado de catalizador de la *societas* cristiana.

Al recorrer el Camino he recordado muchas veces, evocando mis viajes por el mundo, cómo nombres, símbolos y lemas cristianos connotan la toponimia, correspondiente a aldeas, calles, plazas, barrios, pueblos y ciudades de

toda Europa, así como muchos de sus lagos, ríos, valles, montes o penínsulas y los hallamos también en América, a donde los trasladaron nuestros misioneros y colonizadores y dejaron los nombres de Santiago, San Diego, San Francisco, Santa Fe y tantísimos más a lo largo de su geografía.

La herencia religiosa ha contribuido decisivamente a la cultura y al humanismo de Europa —como demuestra el Camino de Santiago— lo que no significa ignorar la existencia de otras exigencias modernas de una justa laicidad de los Estados, desde el respeto a la libertad religiosa y a la libertad de conciencia, sin dictados ni imposiciones, y entendida desde la estricta separación de la Iglesia y el Estado.

Pero lo que no debemos ignorar es que los valores e ideales religiosos de la fe cristiana nacen de la libertad y en libertad invitan a ciertas formas de existencia respetando la conciencia y las expresiones de otras formas de ejercitación religiosa.

El cristianismo reconoce y apoya lo que son logros definitivos de la conciencia histórica occidental: la libertad del individuo, el reconocimiento de los derechos humanos; la diferencia entre fe y ciencia, religión y política; sociedad e iglesia, democracia, tolerancia y pluralismo. Dentro de ese marco, el Cristianismo propone su visión de Dios, del hombre, de la historia de la sociedad y del futuro.

Hay un párrafo en el *Codex Calixtinus* que dice: «Así como el sol hace brillar a la luna, del mismo modo el inmenso poderío del Apóstol ilumina a España y a Galicia», y yo añadiría a Europa entera.

¿Qué se quiere decir con esa «iluminación» desde la sede de la tumba del Apóstol? A mi juicio, lo es sobre todo como intra-historia de la propia ciudad.

El Camino se convirtió así en foco de cultura universal gracias al intercambio permanente con representantes de distintas formas de vida. Ahora bien al decir universal quiero decir integral. Unos valores —bueno es recordarlo hoy— que exigen en su base valores espirituales. Valores que unifican a las criaturas humanas sin que estas pierdan en ningún momento sus propias especificidades. Es lo que yo denominaría finalidad humana trascendente. Y esto permitió una cosa notable que en el Camino se dio y sigue dándose: que las diversas culturas que llegan a la anhelada meta no pierdan su originalidad.

A mi juicio lo que en el Camino unifica, religa, a las distintas culturas no es, por supuesto, ni la biología de la criatura humana, ni su psicología, ni los factores socioeconómicos, ni los condicionantes políticos. Al menos para mí, lo que religa, lo que vuelve al hombre a sus raíces más primigenias y esenciales,

es, la ligazón a la creencia entendida como una esfera de vida, que abarca a todas las demás, que las unifica y, por eso mismo, las justifica.

El Camino significó la posibilidad de tal enraizamiento. Y Compostela representa su concreción por encima de cualquier línea de fuerza humana, por encima de las particulares formas de entender el mundo de cada pueblo.

Santiago y su Camino son, pues, la raíz subterránea —en el sentido más exigente y riguroso de estos términos— de cada uno de nosotros, convertida en lo que puede llamarse «realidad presente». Realidad presente que antes pudo estar como adormecida en nuestra alma pero que en el Camino se cataliza y adquiere vigor renovado. Es como si una herencia, una vieja herencia de siglos, nos empujase. Y el Camino nos obliga, por fuerza, a ser herederos. En definitiva, a estar religados.

Es cierto que además de esta «atadura a los valores de la trascendencia» hay una segunda «atadura del Camino a los valores de la cultura europea».

Si Europa representa alguna cosa, con el triple manantial griego, romano y cristiano que le dieron origen, es la exigencia de la severidad y rigor en todo lo que se refiere al espíritu. En última instancia a la cultura.

No puede hacerse lirismo cuando se habla de Europa. Son estos momentos tan decisivos en el fraguar de su futuro que cuanto menos divagatorios y más exigentes seamos, mejor. Europa es, entre otras cosas altísimas, una ilustre y tenaz memoria. A ella nos debemos y ella nos ata inexorablemente. Pues bien, esa memoria europea, viva, actuante, fecunda, se nos muestra a lo largo de todo el Camino hasta llegar a Santiago, cuyas piedras graníticas son algo así como el sedimento de la historia de Occidente y donde perviven las notas de autenticidad, originalidad, racionalidad, entrega y diversidad.

Si analizáramos cada una de estas notas en su recóndita entraña significativa, caeríamos en la cuenta de que el conjunto de todas ellas es el cogollo mismo de la cultura de Europa.

Estamos así en la «segunda religación» de Santiago y el Camino. Si la primera fue una renovada atadura a los valores de la trascendencia, es esta segunda el lazo, el cordón umbilical que nos nutre, es el espíritu europeo en sus nobles rostros de libertad, convivencia y solidaridad. Si, como afirmó Denis de Rougemont, a Europa le robaron todo y solo le queda la cultura, he aquí que la recuperación de lo perdido pasa indefectiblemente por la ligazón europea, de la que el Camino es símbolo por excelencia. Por eso representa la confirmación de la vivencia de Europa y convierte a los que la aman en titulares de la conciencia europea. Y esta original segunda religación concede, por ser euro-

pea, margen suficiente para conservar y recrear, con cómoda holgura, la específica existencia de cada comunidad y de cada pueblo.

Arte e historia se tienden así la mano y nos dejan constancia del milagro de Santiago, maravilla que ya se hizo respetar por todos los que han recorrido el Camino durante siglos.

Quisiera evocar ahora las Cantigas de Santa María del Rey Sabio; los romances, las canciones itinerantes, recogen con sobriedad los temas jacobeos y el estremecer de las pisadas del peregrino.

«En el Camino de Santiago iba un alma peregrina
una noche tan oscura
que ni una estrella lucía;
por donde el alma pasaba
la Tierra se estremecía».

Creaciones literarias ininterrumpidas hasta nuestros días supieron recrear y secundar con el andante, el Camino. Poetas como Gerardo Diego, entre otros, no han resistido silenciar el hálito misterioso que rodea el Camino y su meta.

«También la tierra si hay estrellas, vuela.
Sobre la noche viselada y fría,
creced, mellizos lirios de osadía,
creced, pujad Torres de Compostela.

Campos de Estrellas vuestra frente anhela
silenciosas muestras de porfía.»

El peregrino no conoce de antemano el Camino, corre riesgos, pero sabe que otros lo han recorrido y con otros participará del mismo, codo con codo, con o sin palabras, en el andar. La noche y el día, la lluvia, el frío o el calor serán sus compañeros. Pero corre todos estos riesgos porque sabe que la existencia del ser humano no es una pasión estéril que choca y se apaga con su vida. El ser humano es mucho más que una caña sacudida por el viento. El peregrino transcurre por el Camino con la esperanza de que, a pesar de no poseer, pervivirá; y de que alguien le tenderá la mano de la hospitalidad sin saberlo, y encontrará siempre a alguien que le esté esperando, y encontrará también, como contraste, el rechazo.

El peregrino descubre que el ser humano lleva inscrito, en su propio corazón y en la conciencia la relación con Dios y con los demás hombres y se le revela la meta, su meta, más allá incluso de la muerte. En la mente del caminante se suscitan las grandes cuestiones de la vida y sin otro ruido que el silen-

cio de la naturaleza, va captando que su persona es capacidad de apertura, disposición a buscar y a encontrar, a interrogar todo lo que en el Camino, en la historia, se le ofrece.

Seguir el Camino es vivir en la equilibrada tensión del caminante, es ir admirando la ruta por otros diseñada; es sentir la alegría de acertar con las flechas e indicaciones que otros han señalado.

Es lo que nos sucede también en Europa, que debe proyectar su mensaje ante el peligro de la pérdida de esperanza, y que para su plena realización no debe dilapidar sus valores humanos, morales y espirituales, que todavía garantizan el significado de la existencia personal, el sentido del trabajo, el respeto a la persona y a sus derechos. La verdadera esencia del europeo reside en la fe en la que se apoyaron los pueblos capaces de redescubrir desde ella las armas, no violentas, de los valores, que reflejan la dignidad de la persona humana.

Por eso es tan necesario volver los ojos hacia la Europa del Camino Jacobeo, Camino de unidad a pesar de ser sendas distintas, por venir de lugares diversos, y Camino de espiritualidad.

El peligro para Europa es deshumanizarse; es perder su equilibrio por no conservar su esencia. Recuerdo las palabras del Papa Juan Pablo II en la Misa del Peregrino en 1982, a la que asistí con gran emoción, que nos resume todo un programa para la reconstrucción de Europa: «Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes, revive aquellos sabores auténticos, que hicieron tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual en un clima de pleno respeto a otras religiones y a las genuinas libertades. No te enorgullezcas por tus conquistas hasta olvidar sus posibles consecuencias negativas. Los demás continentes te miran y esperan de ti la misma respuesta que Santiago dio a Cristo: Lo puedo».

El Santo Padre quiso culminar así su peregrinación apostólica en la meta más famosa de los peregrinos de Occidente que había atraído a todos los pueblos de Europa y había llegado a ser foco de la cristiandad.

Parecía que el sucesor de Pedro en la Casa del Señor Santiago quería hablar a los pueblos que se habían cimentado y construido sobre la predicación y el mensaje apostólico. «Europa entera se ha encontrado a sí misma alrededor de la memoria de Santiago; la conciencia de Europa aparece al mismo tiempo que los peregrinos van dejando sus huellas en el Camino que lleva a la tumba del primer apóstol mártir: «La conciencia de Europa ha nacido peregrinando».

La peregrinación a Santiago fue uno de los fuertes elementos que favorecieron la comprensión mutua de pueblos europeos tan diferentes, como los latinos, los germanos, celtas, anglosajones y eslavos. La peregrinación acercaba,

relacionaba y unía entre sí a aquellas gentes que, siglo tras siglo, convencidas por la predicación de los testigos de Cristo, abrazaban el Evangelio y contemporáneamente, se puede afirmar, surgían como pueblos y naciones.

Unos años más tarde San Juan Pablo II, se dirigió a los jóvenes en un impresionante acto en el Estadio Meinau de Estrasburgo, en mi etapa de Secretario General del Consejo de Europa, y animó a todos a participar en el Encuentro Mundial de la Juventud que había de celebrarse en Santiago de Compostela en 1989, con las siguientes palabras: «Os animo a emprender esta peregrinación a la tumba del Apóstol Santiago. Así la vieja Europa comprenderá todavía mejor sus raíces por los caminos que han conducido a tantos peregrinos a Santiago durante el Medievo, con vosotros jóvenes evangelizadores del año 2000».

Juan Pablo II recogió así en su mensaje el espíritu de todos los caminantes que a lo largo de los siglos han ido construyendo Europa, un camino todavía inacabado.

En uno de los más bellos libros sobre «Raíces cristianas de Europa», Monseñor Romero Pose nos recuerda cómo los peregrinos jacobeos, al culminar su Camino y divisar desde el Monte del Gozo la meta y ciudad del Apóstol, cantaban «Got Sanctiagu. ¡E Utreia! ¡E Suseia! Deus adiuva nos. Buen Santiago ¡Todavía más allá! El gozo de haber alcanzado una meta no empañaba el convencimiento de que el ser humano tenía que seguir caminando; que el avanzar por un Camino en nuestra historia no es más que un inicio de la historia definitiva del hombre que no se agota en la finitud.

El peregrino, después de estar junto a la tumba del Señor Santiago, se dirigía a contemplar la infinitud del océano y sentía tocar la naturaleza que le evocaba lo inabarcable. Allí, en el Finisterre, quemaba sus ropas para sentirse más ligero y libre para que ni siquiera el polvo del Camino fuera obstáculo para encontrarse consigo mismo.

En el pasado, la imagen del peregrino jacobeo, plasmado en la iconografía por todos los rincones de Europa y América llegó a ser la síntesis de nuestra historia.

Recordando las autorizadas palabras de Fernando Santos Urbaneja: Europa tendrá futuro si recupera su pasado y lo adapta a los nuevos tiempos conservando en un caso e incorporando en otro, lo mejor de cada época. Todo bajo la estela de la fe, la espiritualidad, el humanismo que lleva no solo a respetar al extraño, sino incluso a prestarle ayuda y compartir con él las ideas y los bienes.

Los rasgos que se aprecian en el «nuevo Camino» pueden indicar la vía a la «Nueva Europa», porque:

1. En el Camino hay espiritualidad como concepto genérico que permite superar las diferencias particulares de las religiosas.
2. En el Camino hay pluralidad. El Camino no excluye a nadie.
3. En el Camino hay respeto a la tierra y medio ambiente.
4. En el Camino hay austeridad: Vivir con menos o incluso vivir con poco.
5. En el Camino hay cooperación frente a competitividad.
6. En el Camino hay solidaridad con el vulnerable.
7. En el Camino hay humanismo y equidad.

Quienes lo hemos recorrido sabemos que entre los peregrinos desaparecen las relaciones distantes, jerárquicas y formales y se llega a construir un «nosotros» común y englobante, igualitario y espontáneo. A las pocas horas de peregrinar juntos nos vemos envueltos en una atmósfera de camaradería generada por un entusiasmo común: reinan la aceptación y la tolerancia. Un grupo de peregrinos es, en sus mejores momentos, un paradigma de convivencia, una réplica ideal de lo que podría llegar a ser la comunidad. La peregrinación nos invita a vivir la vida en familia, pero en amplitud universal.

Una Europa regenerada debería unirse a estos valores: Una verdadera democracia y un Derecho al servicio de la Justicia, del bien común y de los anhelos de los ciudadanos, especialmente de las minorías y colectivos menos favorecidos.

El Camino no es una moda. Lleva ya mucho tiempo incrementando año a año la afluencia, no importando mucho que sea o no Año Santo.

Recordemos que las sociedades urbanas del siglo **xxi** son científicamente muy avanzadas pero están también muy deshumanizadas, lo que acaba pasando factura. Hay muchas personas rotas debido a impactos diversos. Cuando hacen el Camino encuentran a menudo bálsamo reparador.

Voy a referirme, antes de concluir, al Camino en clave antropológica. Una visión a la que me llevó nuestro querido compañero Carmelo Lisón, para quien el peregrinaje y el peregrino son realidades contradictorias según precisan nuestros viejos diccionarios. Así por ejemplo Palencia nos da bajo la palabra peregrino una acepción en su carácter negativo: «peregrino, dice, es huésped que viene de otras partes que nosotros no sabemos: y es extraño y advenedizo». Otro autor, Covarrubias, escribe: «Peregrino es el que sale de su tierra en romería a visitar alguna casa santa o lugar santo». Los romeros, conti-

nua, «llevan vestido propio y se les hace caridad y hospitalidad», pero añade también: «Cosa peregrina, es cosa rara».

Para Carmelo Lisón, la categoría de peregrino no solo tolera sino que adolece de ambigüedad. Peregrino es el que se desplaza de su lugar habitual de residencia a un tradicional lugar de mística captación. El movimiento es esencial, requiere sin excepción, un vector hacia una dinámica dirección a un lugar sagrado. El romero orienta sus pasos y estructura de experiencia teniendo en mente un lugar tan real como simbólico (Jerusalén, La Meca, Santiago, Roma).

Todo peregrino viene forzado a reconocer la dificultad del camino y a tener en cuenta en cada momento el mundo circundante que le impone condiciones; el camino le hace realista. El peregrino ve y siente lo que espera ver y sentir.

Podemos preguntarnos si la peregrinación a Santiago en la Edad Media equivalía en deseos, intenciones y expectativas a las del peregrino del siglo XXI.

Las últimas palabras que le escuché sobre el peregrinaje fueron que este significa un segmento prominente del patrimonio cultural universal, una magnitud insustituible en la herencia humana trascendente y una porción irremplazable de la humana experiencia. Sin el peregrinaje habría menos belleza y menor creatividad en la historia de la civilización; sin el peregrino se empobrecería el fascinante alegorismo humano; sin el romeraje desconoceríamos singulares laberintos del espíritu. Todos queremos encontrar el camino, nuestro camino en nuestra particular y breve jornada terrena. Todos somos en realidad peregrinos.

En la actualidad, el camino sigue acogiendo la vida y la búsqueda de numerosos caminantes. Mi mensaje final es que no resulta suficiente hallar el camino. Hay que volver a pisar la calzada, que encierra más palabras que los diarios escritos del peregrino. La ruta a Santiago guarda sus secretos únicamente para el que peregrina. Y entre estos secretos figura la recuperación de valores que más que nunca necesitamos en la hora presente.

Y concluyo ya

El año 2019, antes de la aparición del virus, pude a pesar de mi avanzada edad, recorrer una vez más algunas etapas. Ahora espero con impaciencia lo que pueda suceder en los próximos meses, en este Año Santo tan singular que por decisión del Papa Francisco se ha prolongado excepcionalmente hasta 2022.

Espero firmemente que ya sea físicamente o al menos en la memoria poder celebrar el 25 de julio en la Catedral de Santiago.